

ro y á quien puso en libertad el Comandante Militar, después de informarse de su vida y motivos por los que vivía con Salomé.

Don Eufemio huyó del rumbo de Yautepec, yéndose á Cuernavaca y colocándose otra vez de dependiente en la Hacienda de Treinta.

Un mes después de los acontecimientos que acabamos de referir, se verificaba el rapto de una joven en dicha Hacienda por cuatro plateados.

Los vecinos y dependientes de la mencionada Hacienda, unidos y armados en número de cuarenta, salieron persiguiendo á los raptos, con intención de darles alcance y matar á los cuatro atrevidos bandidos que en tan corto número, se habían arrojado en pleno día y en finca tan poblada á cometer dicho ranto.

Entre los perseguidores, iba D. Eufemio Avalos, sediento de matar plateados. Los raptos no se daban mucha prisa por huír y los llevaban siempre á la vista y no muy lejos.

Intempestivamente se vieron rodeados y atacados por un gran número de bandidos, (cerca de cien), quienes les habían puesto una emboscada á los de Treinta. Estos, se devuelven en precipitada fuga, mueren como quince de ellos y varios heridos y D. Eufemio queda también muerto á machetazos por el mismo Salomé Placencia, promotor de aquel plan de venganza.

Tras de los fugitivos vienen de nuevo los cuatro plateados con la joven raptada. Llegan con ella hasta las primeras casas de la hacienda, la bajan del caballo, le dan "las gracias" y uno de ellos le arroja un cartucho con dinero, diciéndole: "vaya, chata, tenga para que se le quite el susto," y regresan á galope á unirse con sus compañeros.

Este fué el sangriento epílogo con que terminaron las

consecuencias de los arranques pasionales de D. Eufemio Avalos por la hermosa virgen de Oacalco.

Lo llevaron sus violencias á un fin desastroso y más que sus violencias sus traiciones y vilezas.

CAPITULO III.

Los Imitadores de Luigi Vampa en México, y sus Maestros.

AL terminar el primer tercio del siglo pasado, radicaban en el Estado de Morelos dos terribles bandidos que cometieron un sin número de depredaciones, Fidemio "El Zarco" y Blas Guadarrama, éste último vecino en el pueblo de Jantetelco del hoy Distrito de Jonacatepec.

Con halagadoras promesas, reclutaban gente en dicho Estado, principalmente jóvenes y con el pretexto de comerciantes contrabandistas, hacían grandes correrías por los Estados de Puebla y de Veracruz, cometiendo asaltos y asesinatos en el camino Nacional de México al Puerto.

Robaban cuanto encontraban á su paso; dinero, mercancías, mulada y caballada, etc. y aun compraban con valiosos obsequios á los jefes de los resguardos del contrabando del tabaco, engañándolos como comerciantes honrados.

Vendían, distribuyendo sus cuantiosos robos por todas las poblaciones de alguna importancia, en los que hoy son Estados de Morelos y Guerrero.

En los viajes en que el tabaco y los robos en despoblado no daban las utilidades que se proponían sacar, se robaban á los hombres ricos, con el pretexto de que eran sus denun-

cientes; y sin atender á sus protestas, de que los cargos que les hacían eran falsos, les exigían cantidades de dinero "*por vía de indemnización de los perjuicios que habían sufrido con el denuncia,*" bajo pena de perder la vida.

Los discípulos de aquellos dos viejos maestros del bandidaje se quitaron la máscara veinte años después y sin preámbulos, se limitaban á decir lacónicamente: "*la bolsa ó la vida.*"

Era entonces una disyuntiva que indicaba á las víctimas las condiciones para seguir viviendo en este pícaro mundo, en la lucha por la existencia.

Cincuenta años más tarde, es decir, en nuestra época, de progreso, saltan de las matas los degenerados, ¿qué digo? . . . refinados engendros de aquellos primeros discípulos y gritan al mismo tiempo que disparan: "*¡la bolsa y la vida!*" ¡Ya sobra la disyuntiva posible!

Los primeros maestros obraban con el "*fusil de chispa,*" los discípulos de aquellos maestros, con el *mosquete* y los descendientes actuales de estos, con el *winchester*. Cada día más violento, más rápido, más lacónico el despojo de la vida y de la propiedad.

A la vida que se deslizaba suavemente sobre la carabela, ó se arrastraba trabajosamente sobre un carromato, substituyó la vida sin freno del vapor y la vida desenfrenada actual de la electricidad. ¡Oh! los eléctricos. . . .!

Los hombres de antaño eran inocentes á los veinte años; los de ogaño están carcomidos á los veinticinco por el asqueroso microbio de la muerte, que viaja en los eléctricos.

¡En todo el divino Progreso! ¡Bendito sea el Progreso y el Adelanto!

Pero basta la pequeña digresión y sigamos con los discípulos de Fidemia y de Guadarrama.

Fidemia el Zarco fué el padre y el maestro de dos de aque-

llos terribles plateados de 1860, Felipe "El Zarco" y Severo "El Zarco;" siendo este último, fusilado en la Alameda de Cuernavaca, después de tantos asaltos, raptos y asesinatos que cometió.

Felipe "El Zarco" era el Dandy de los Plateados, un "Chucho el Roto." Vestía decentemente, tenía un trato caballeroso, se sabía captar las simpatías de personas acomodadas de las capitales, se relacionaba con personajes de altas alcurnias, y cuando no los llevaba á caer en manos de sus compañeros para plagiarlos, los explotaba con sus *caballerosas industrias* de hombre rico "empresario de Minas," "corte de maderas," etc. Casi todos aquellos bandidos practicaban la compra-venta del hombre adinerado y de la mujer bonita, pues para estos, favorecidos de la suerte ó de la naturaleza, tenían precio contribucional, la vida y la honra.

Los nombres de Pablo Amado, en primer término y otros como Juan Perna, (a) "El Chintete," Manuel Michaca, José Cortés, "El Coyote," Zacacoaxtle y "Cara de Pana" ó Tomás Valladares, han llegado á nosotros como de hombres que compraban á sus compañeros á los plagiados ó á las raptadas, para ofrecerlos á los demás por mayor precio y tener utilidades. A los plagiados les aumentaban de precio su salvación al pasar de unas manos á otras entre los bandidos. Con las mujeres raptadas, sucedía lo contrario, iban disminuyendo de valor, de uno á otro, hasta que el último la ponía en completa libertad.

Pero había entre aquellos desalmados, unos pocos, y como principal, Salomé Placencia que en medio de su vida de bandolerismo, conservaban cierta dignidad caballerosa, ciertos escrúpulos de carácter "de hombres" — decían ellos — y nunca llegaban á las bajezas ni á las vilezas de sus subal-

ternos. Ya veremos en el curso de esta obrita, como Salomé Placencia llegó á castigar con la muerte á varios de los suyos, que cometieron vilezas é infamias.

Narrémos dos hechos propios de Salomé, respecto á la manera de cometer sus plagios y la astucia y valor que desplegaba en ellos.

Don Cipriano del Moral, Administrador General de las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, en el Distrito de Cuernavaca, era hombre que, dados los peligrosos tiempos que corrían, se rodeaba de todas las seguridades posibles; tomaba toda clase de precauciones cuando salía á revisar los campos de caña; haciéndose acompañar de veinte mozos bien armados, para el caso de un ataque imprevisto. Hay que advertir, que cuando visitaba los campos, primero exploraba con un antejojo de larga vista, todos los sembrados y lugares que tenía que recorrer, y era por esto, que se habían estrellado varias tentativas de plagió de su persona, por muchos de los cabecillas de los plateados.

Constantemente tenía vigilantes en las azoteas más altas de la Hacienda de San Vicente, donde él habitaba, y de noche, entre mozos, dependientes y algunos peones, reunía cincuenta hombres armados y se fortificaba en la finca.

Una mañana se le presentó el Mayordomo, diciéndole, que en determinado campo y muy cerca de la Hacienda, habían despuntado la caña en un gran pedazo de terreno, llevándose el zacate.

No se había oído decir que anduvieran cerca los plateados y el Mayordomo culpaba á los vecinos del Real que tenían bestias.

La caña de dicho campo estaba muy crecida casi á punto "de corte" y no sufría mucho la planta con el "desmoche."

Don Cipriano quiso desengañarse, y ver el perjuicio y se

dispuso á salir con sus veinte mozos y el Mayordomo. Estaba tan cerca de la Hacienda el campo aquel, que no quiso detenerse en explorar con su antejojo.

Estaba dicho campo en el centro de otros y se llegaba á él, por largos y angostos "carriles" que formaban escuadras ligadas, hasta terminar en un ancho "apantle" transversal que dividía las suertes de caña y limitaba por ese lado, el campo perjudicado.

Don Cipriano examinaba el perjuicio causado, cuando aparecen por la retaguardia y por los flancos, un gran número de bandidos lanzando imprecaciones y gritos horrosos, con las armas en las manos, pero sin disparar un tiro.

Salta de los cañaverales, abriendo carriles ó veredas al empuje de sus caballos. Se establece la confusión entre los mozos y se atropellan para huir por la única salida que tienen libre y que es, saltando el ancho apantle que tienen de frente y sobre el cual se precipitan, sin acordarse de sus armas.

Aquellos bandidos de caras feroces y de aspecto espantable, imponían desde luego verdadero terror, y tanto más en sus asaltos por sorpresa. Así pues, D. Cipriano y sus mozos se lanzaron sobre el "apantle" para saltarlo y escaparse.

Se apelotonan, muchos caen en el agua de aquella ancha y profunda zanja, y otros son despedidos de los caballos al dar estos el gran salto. Se hace la fuga cómica trágica; los bandidos llegan sobre ellos, pero ahora los atacan á cintura y á silvidos.

D. Cipriano, el Admor. General, ha sido de los primeros caídos; ha recibido "sendos" pisotones de los caballos de sus mozos, que corrían detrás y maltrecho y enlodado, yace á orillas de la zanja sin poderse poner en pié.

Había previsto este lance cómico, Salomé Placencia, or-

ganizador de aquel plan para plagiar á D. Cipriano del Moral, pues se llegó á este sonriendo; y tendiéndole la mano desde á caballo para levantarlo, le dijo: "Levántese D. Cipriano ya le curémos alguna torcedura. No tema. Somos gente buena. ¡Muchachos!—dijo á los suyos—móntelo en un caballo manso, y en marcha cuídenmelo."

Entre dos hombres lo montaron en un caballo y lo ataron fuertemente á la silla diciéndole: Ud. es mal ginete, señor, así va bien para que no se caiga." El dueño del caballo montó á la grupa del de otro compañero y un tercero estirando el de D. Cipriano en que estaba atado emprendieron al trote rumbo á los cerros cercanos. Faldearon éstos, rumbo al sur y llegaron al pueblo de Tetecalita, donde quitaron las ligaduras á D. Cipriano, para que comiera algo. Los bandidos se proveyeron de muchos comestibles, de aguardiente y de tabaco y volvieron á emprender la marcha por la vereda que sube al cerro llevando á D. Cipriano atado y vendado.

Al caer la tarde llegaron á un rancho llamado "El Cerrado;" escondido en la cima de aquellas escabrosidades; poblado por algunas familias de indígenas y uno de los puntos en mejores condiciones estratégicas para la defensa, que más tarde sería el Cuartel General de Salomé Placencia.

Como la madera y la palma abundan en aquellos cerros, había ahí construidas extensas galeras abiertas á los cuatro vientos, amplias y bajas quizá para dormitorios libres de aquellos hombres.

En las cumbres de aquellos cerros que vienen á formar la cordillera de "Las Tetillas;" la vista domina por todos los rumbos la mayor parte del Estado. Al Poniente y Sur todo lo que llaman cañada de Cuernavaca desde los montes de Huitzilác hasta Puente de Ixtla con todos sus poblados.

Al Norte y Oriente, la mayor parte del Distrito de Yautepec hasta el Mal País y Nepantla, y toda la estrecha cuenca del río de Yautepec hasta Tlaltizapan y Jojutla.

No sin razón eligieron los plateados aquellas altas cimas para formar su guarida.

Cuando llegaron con D. Cipriano del Moral al mencionado Rancho, lo metieron en la mejor casucha de paredes de piedra y lodo, y en las cuales había abiertas por los cuatro costados unas pequeñas ventanillas y á manera de troneras por las que apenas cabía el brazo de un hombre.

Le quitaron la venda y le dijeron: señor, está Ud. en su casa ya vendrá á visitar á Ud. nuestro jefe, "descanse."

D. Cipriano respiró sin que el miedo le saliera fuera del cuerpo.

Dos hombres se sentaron en la puerta por la parte de afuera, sobre unas anchas piedras y con el mosquete sobre las piernas.

No cabía duda,—pensaba D. Cipriano—aquella casucha era su prisión. Dió una ojeada por el interior y la encontró vacía; una mesita, una silla y un petate eran todos sus muebles.

Llegó la noche, los dos individuos que vigilaban la puerta encendieron una fogata frente á ellos, que alumbraba plenamente la casucha hasta en su interior. Esta luz hacía más eficaz la vigilancia.

Como á las ocho se presentó Salomé en la puerta, entró en la casucha y dijo á D. Cipriano:—Buenas noches D. Cipriano, ¿quiere Ud. cenar ó toma chocolate?

Creó D. Cipriano que aquel hombre se burlaba de él. Sin contestar á su pregunta interrogó á su vez: ¿Ud. es el jefe?

Sí, señor, Salomé Placencia, por la gracia de Dios y para servirlo.

Pues antes de todo, agregó D. Cipriano, deseo saber ¿qué cosa quiere Ud. de mí al traerme aquí?

Allá vamos D. Cipriano, pero cene Ud. antes y hablemos con calma, no corre prisa contestó Salomé.

Si Ud. me hace favor, deseo cuanto antes saber á que atenerme,—agregó D. Cipriano.

Pues mire Ud. D. Cipriano, no queremos nada de Ud. Creo que todavía no es Ud. dueño de las haciendas que administra, y de los señores dueños es de quienes queremos un auxilio que Ud. nos conseguirá como principal dependiente de ellos.—Dijo Salomé.

—¿Y que caso me van á hacer los dueños?—refirió D. Cipriano—poco les importará que Uds. me maten, vendrá otro Administrador. Pídanme á mí lo que pueda yo darles y estoy pronto.

—Don Cipriano, si á Ud. no le hacen caso los dueños de esas haciendas, á nosotros sí; escríbales una carta y dígales que si dentro de ocho días no tenemos aquí diez mil pesos, quemaremos todos los campos de cañas que van á cortar para la próxima molienda.

—¿Diez mil pesos?—dijo asombrado D. Cipriano.—Diez mil pesos! repitió—es mucho!

Aún es poco nuestro pedido. Bien sabe Ud. que la molienda de las dos haciendas, puede producirles unos cincuenta mil pesos ó más de utilidades, y pedirles diez mil, no es ambición. Con la garantía de que durante un año no volveremos á molestarlos.

Si nos niegan ese dinero, ya le repitió á Ud. les declaramos la guerra, quemándoles los campos y destruyéndoles todo, y del ganado y mulada de las dos haciendas sacamos los

diez mil pesos. Escríbales Ud. todo eso, D. Cipriano y hemos concluido,—terminó diciendo Salomé. ¿Ah, cena Ud.?

Déme Ud. lo que guste D. Salomé, pero óigame dos palabras más sobre el asunto. ¿Cuándo y dónde escribo esas cartas? y en caso de que los dueños den el dinero, ¿dónde lo recibe Ud.?

Eso es muy sencillo D. Cipriano, aquí le traerán á Ud. papel y tinta para que escriba después de cenar. El dinero aquí también se me traerá por los veinte mozos que tiene Ud.

Le advierto á Ud. y á los dueños una cosa: que si en México hacen escándalo y nos echan encima fuerzas del Gobierno, será peor para todos. Las traiciones cuestan la vida, D. Cipriano.

Este comprendió todo lo razonable de los argumentos y condiciones del bandido y terminó.—Aceptado por mí y escribiré D. Salomé.

Le trajeron una buena cena, que le llamó la atención, y después se puso á escribir varias cartas, pues le trajeron todos los útiles de escritorio y además dos zarapes nuevos y una almohada.

Ya veo que este hombre, para ser bandido es bueno—decía D. Cipriano al acostarse á dormir en su petate.—otro me hace dormir amarrado al aire libre y sobre las piedras. Ya he oído decir que así lo hacen.

Casi durmió contento D. Cipriano del Moral, en su petate nuevo.

Al día siguiente, como á las seis de la mañana le trajeron una buena taza de chocolate y una jicara de leche, como desayuno. Poco después se presentó Salomé, preguntándole ¿ya estan las cartas D. Cipriano?

Sí, señor,—respondió éste—aquí están: véalas Ud. y dígame si están como se necesitan. Una es para el Adminis-

trador de San Vicente para que mande luego las otras á México. Que las lleve alguno á San Vicente.

—Usted mismo las llevará D. Cipriano, tiene Ud. trazas de ser hombre formal y á mí me gusta tratar con hombres serios. Sé que hará Ud. todo lo que hemos convenido y hoy mismo lo irán á dejar á Ud. diez hombres hasta donde Ud. les diga. Dentro de ocho días ó antes, que traigan el dinero á Tetecalita y lo entreguen al Juez;—he pensado no darle tantas molestias.

Don Cipriano quedó asombrado de aquel proceder, se desprendió la cadena y un reloj de oro que portaba, y le dijo: Gracias D. Salomé, es Ud. un buen hombre, le regalo este reloj como pruebas de estimación.

Vaya, D. Cipriano, gracias también, será un bonito juguete para mi mujer.

Lo sacaron vendado los diez hombres hasta llegar al pié del cerro, y D. Cipriano los llevó hasta Chiconcuac, donde les regaló cinco pesos á cada uno y le mandó á Salomé varios paquetes del mejor chocolate, sardinas, un gran queso, puros y algunas botellas de vino Jerez y de Catalán.

Ocho días después, todos aquellos plateados estaban de fiesta en sus guaridas de "El Cerrado." Salomé les había pasado revista á más de sesenta, entregándoles á cada uno cien pesos del dinero que les había mandado la Hacienda de San Vicente; y los mandaba libres por tres días á fin de que fueran á ver á sus familias. Esa noche debían de dispersarse.

Así obraba Salomé Placencia con sus plagiados y con sus hombres. Jamás maltrataba, ni befaba á los primeros, y severo con los segundos, les daba gusto y los consideraba.

Otro plagiado que se hace rico.

Vivía en la plaza principal de Cuautla de Morelos, un español, D. José María Atolaguirre, comerciante de posesión mediana, quien emprendedor y listo, tenía establecidas dos tiendas en dicha plaza, hacía sus viajes á México, y se le creía adinerado.

Esta creencia hacía que los plateados hubieran puesto ya los ojos en él, y más de una vez el astuto D. José les había burlado los planes que le ponían para apoderarse de él, pues siempre cambiaba de caminos en sus viajes, y pagaba bien á guías para que lo llevaran por veredas extraviadas.

Salomé lo hacía vigilar por los suyos, pero Atolaguirre los burlaba y les hacía comunicar noticias falsas; haciendo con ellas que lo esperaran en sus emboscadas cuando ya él había pasado ó que fueran á buscarlo por rumbo distinto del que llevaba.

Esto, ponía á Salomé de muy mal humor y exitaba en él los deseos de apoderarse del comerciante resolviéndolo á un acto inaudito.

Don José tenía sus tiendas en la plaza, una frente á otra y un día de "tianguis" se suscitó un escándalo en la tienda en que no estaba él, promovido por dos encamisados con uno de los dependientes.

Atolaguirre salió de la otra tienda para ir á informarse del escándalo aquél, atravesando la pequeña plaza.

Iba á la mitad de dicha plaza cuando un hombre le dice al oído al mismo tiempo que lo cojía fuertemente por un brazo: "Si se resiste á ir conmigo lo mato" y le deja ver una agudísima daga que ocultaba en la otra mano, bajo la ancha manga de la camisa.

Don José sintió escalofrío pero contestó con humor. “Vamos donde quiera, hombre. No faltaba más.”

Llegaron cojidos del brazo á un cercano Mesón. Le obligaron á que se pusiera en calzoncillos, y dándole un sombrero ancho de palma, lo hicieron montar en un caballo ya listo, montaron otros cinco, saliendo uno por delante y diciéndole: “*me sigue Ud.*” y emprendieron ligero galope rodeado de los otros cuatro que le azotaban su caballo.

Comprendió luego D. José Atolaguirre quienes podían ser aquellos hombres que lo llevaban y ante lo irremediable procuró no perder su habitual buen humor, así es que dijo: “No hay que correr, compañeros diran que llevamos miedo,” “nadie nos sigue”

Salomé Placencia, —era pues éste el que se había atrevido á sacarlo de la plaza principal —se sintió “*picado*” en la observación de D. José, detuvo bruscamente su caballo y gritó: “¡alto!” Todos se detuvieron siguiendo al paso y dijo á D. José —¿qué Ud. no lleva miedo, D. José?

¡Qué miedo voy á llevar yo hombre! No sean ustedes tan tontos para hacer conmigo como con la gallina de los huevos de oro ¡hombre!

¿Cómo hicieron con esa gallina D. José? le preguntó el bandido.

¡Oh! pues, érase que se era una gallina que ponía un huevo de oro cada día y quiso el dueño cojer de una vez toda la mina; mata á la gallina para sacársela y va viendo que no tiene dentro ni huevera.”

Aquellos hombres nunca habían oído el viejo cuento y rieron de buena gana: comprendiéndolo mejor cuando D. José agregó:

Por eso digo que ustedes no harán conmigo una tontería

igual. Yo estando con vida, les puedo dar y servir; si me mataran, perderían Uds más que yo

¿Y si es cierto que nos puede Ud. dar algo y servirnos, por qué entonces se ha burlado Ud. tantas veces de nosotros, escapándose? —le reprochó Salomé.

—Hombre—dijo D. José —á Ud. no debe molestar ese jueguito de “*vivos*” ¿cuándo ha visto Ud á un cordero que se vaya á meter en la boca del lobo? Hoy ya Ud. me sacó del redil y dígame lo que quiere y en cuanto pueda yo servirles.

Pues queremos,—volvió á decir Salomé—que nos pague Ud. las escapadas que se ha dado de nosotros á mil pesos cada una. Han sido seis ó siete.

—Que sean siete—interrumpió el español—siete mil pesos, José! murmuraba entre dientes. —Miren Uds. añadió— si aceptan mis condiciones les daré doble cantidad, sin más trabajo que de ir á traerlos y dejarme mi parte como buenos compañeros.

Este ofrecimiento tan espontáneo y tan singular, le llamó la atención á Salomé Placencia, y quiso una explicación á solas con aquel gachupín hablador, —decía—y procuró abreviar la jornada. Bueno, ya vamos á llegar para que me diga Ud. sus condiciones —le contestó.

—Pues echaremos un galope, porque con el solecillo que hace se siente bonito fresco, correr vestidos en calzoncillos y camisa como vamos —¡Buen gusto! tienen Uds. decía D. José. ¿Y si dicen que llevamos miedo? repuso Salomé.

¡Oh! ya por aquí, sólo las lagartijas nos ven, hombre contestó D. José. Le iba gustando á Salomé el carácter de aquel español y no pensaba en la proposición hecha de ir á traer catorce mil pesos, *dejarle su parte*. Así es, que,

por todos motivos y para llegar á cualquier rancho comenzaron á galopar.

Habían salido de Cuautla como á las once del día y apenas eran las doce. A la una de la tarde llegaron á un rancho situado en una cañada, y que contaba con seis ú ocho casitas, cerca de unos manantiales. Allí estaban en espera como otros diez hombres, compañeros de los que llegaban, á quienes saludaron con grandes risotadas por el ligero traje que portaban. Ridículo para un plateado.

Desmontaron de sus caballos los que conducían á D. José; le arrojaron á éste sus prendas de vestir, que le quitaron en el mesón, en Cuautla, diciéndole: “unifórmese,” y ellos también entraron en distintas casitas para ponerse sus habituales trajes de “Plateados.”

Nadie se ocupó de cuidar á D. José Atolaguirre, pues estaba entre ellos.

Este comenzó á ponerse su pantalón de campana, su chaleco y su chaqueta, diciendo:—Por la madre de Dios ¡qué nunca he estado más bonito! si me ponen unas polainas y una ancha banda roja á la cintura, me hubiera parecido y mi tocayo, Pepe, “el rey de Andalucía.”

Salió á poco rato Salomé Placencia de una casita cercana: dirigiéndose á donde estaba D. José, y éste le dijo al verlo, Ahora si es Ud, D. Salomé y yo soy D. José, podemos tratar seriamente el asunto.

Véngase Ud. por aquí, hablaremos debajo de ese árbol frondoso mientras arreglan algo de comer, pues ya es la hora. Efectivamente, á unos pocos pasos estaba un frondoso “amate,” en cuyas salientes y nudosas raíces se sentaron aquellos dos hombres.

Vamos á ver, D. José, explíqueme Ud. lo que nos ofrece —le dijo Salomé.

Muy sencillo, hombre! Que si Ud. en vez de exijirme siete mil pesos, que no los tengo en dinero, hace conmigo pacto de amigos, mañana en la noche puede Ud. tener catorce mil pesos y en mis viajes á México, puedo traerles todo lo que quieran; pólvora fina, cápsules, armas de todas clases, y cuántos más encargos que me hagan.

¿Catorce mil pesos porque hagámos pacto de amigos, D. José? acepto como los hombres, desde luego, pues me gusta su modo y lo demás que nos ofrece de México.

Bueno, se apresuró á decir D. José, la condición es que vayan Uds. por el dinero, está un poquito lejos.

Explíquese Ud., pues, y diga todo lo que se ha de hacer, —repuso Salomé. Oígame bien, D. Salomé, le explicaré, agregó D. José.

Como ya Ud. ha visto, que también sé poner mis planes y debido á ellos, ni Ud. ni nadie de los suyos habían podido sorprenderme en los caminos, me suplicaron los Administradores de Santa Inés, Coahuixtla, Buena Vista y Casasano, que les conduzca la introducción de dinero para rayas, desde esta semana, desde México, pagándome algo.

Ya mandé decir en la forma que vendrán esas rayas, que salieron ayer de México. Vienen veinte mil pesos, cinco mil para cada Hacienda y dentro de unos barriles, aparentando que es Vino Jerez. Hoy debía yo haber salido en la noche, pues mañana llegan á Tepetlixpa donde debía encontrarlos y de allí conducirlos á Cuautla.

Así pues, ustedes irán á encontrar ese dinero, y traérselo. Yo me quedaré aquí ó donde ustedes me dejen, pues sabiendo que estoy plagiado, no me culparán en nada las haciendas. Seguiré después con la confianza de ellos, y entonces con la protección de ustedes, para que no me perjudiquen otros, principalmente Antonio Ramírez, el terror del rum-

bo de Ozumba, continuaré trayéndoles sus rayas de México, cobrándoles cien pesos por cada mil, y partiendo con Ud. las utilidades.

Esto es lo que hay que hacer, yo le describiré en un papel el punto exacto donde llegará el dinero mañana en la noche, y vamos ¡D. Salomé de los veinte mil ya no quiero los siete, pues me conformo con cinco mil. Si á Ud. le parecen todos mis planes hay que apresurarse, por la madre de Dios! ¡Yo también soy D. José!

Salomé había oído atentamente sin perder detalles, y sonreía de la astucia de aquél gachupín, quien tanto le estaba simpatizando. Al concluir aquel de hablar, éste por toda respuesta le tendió la mano, se la estrechó y le dijo: Acepto todo, D. José, vamos á comer y esta noche la emprenderemos: si hay *base* cuente con su parte.

Se metieron en una casita, tomaron un buen caldo de gallina, huevos fritos, queso, picante, frijoles y tortillas calientes, y al terminar, dijo D. José alegremente — todo muy bueno, — y á Uds. que les gusta el atole, les voy á mandar regalar dos huacales de panela!

Todos se rieron del ofrecimiento, y desde esa vez, se hizo popular en aquel rumbo, cuando se trataba de tomar parte en algún negocio ventajoso, decia: “Yo también soy D. José.”

En la tarde se pusieron en camino para Atlihuayan, donde se quedó D. José escondido. Allí se reunieron como cien plateados, y salieron en la noche rumbo á Nepantla y Tepetlixpa al mando de Salomé Placencia, y siguiendo el itinerario marcado por D. José.

Este llegó á su casa en la noche del tercero día, quejándose amargamente del plagio con todo el mundo, pero con sus cinco mil pesos guardados.

Las Haciendas lamentaron el gran robo que habían sufrido de veinte mil pesos en los límites de México con Morelos, sintieron la coincidencia desgraciada del robo con el plagio que sufrió D. José.

Pudo notarse, no obstante, un mes después, que Atolaguirre recibía de los plateados extrañas consideraciones; hasta llegó á saberse que los proveía de armas, parque, etc., pero esta circunstancia la volvieron á aprovechar en sus remesas y cambio de Letras, las haciendas del rumbo y sin darse otro caso de robo de rayas, le abonaban un buen tanto por ciento á D. José, por los cambios que él iba á cobrar á México, y que con esto y su comercio, llegó á formar una fortuna envidiable.

D. José bendecía el paseo á caballo en calzoncillo blanco, con Salomé Placencia, pues de ese paseo vino su fortuna.

CAPITULO IV.

Bandidos y Sátiros.

Su comercio.

ENTRE aquella plaga de bandidos, que antes como ahora, se levantara asoladora y terrible en el Estado de Morelos, descuellan nombres execrables, como Juan Meneses, de Tepeojuma que mataba por gusto, y otros como Juan Perna (a) “El Chintete,” Pablo Amado, Silvestre Rojas, Manuel Michaca, Vicente Zacacuaxtle, Tomás Valladares (a) “Cara de Pana” y otros muchos que además de plagiarios, ladrones y asesinos, vendían indignamente al mejor postor, á las pobres jóvenes raptadas.